

Orden y Progreso

Miguel Alfonso Martínez-Echevarría y Ortega

Publicado en Rafael Rubio de Urquía, Francisco José Vazquez, Felix Fernando Muñoz (coordinadores)
"Procesos de autoorganización" Unión Editorial. Madrid (2004)

Introducción

Las dos palabras que dan nombre a este trabajo constituyen un lema típico de la Ilustración y resume muy bien uno de los objetivos principales que se propusieron los autores de la de la teoría social que se elaboró a lo largo del siglo XIX europeo. Ese lema expresa tanto el ideal de lograr el secreto para que la sociedad progrese de modo ordenado y armonioso, como el miedo al inevitable conflicto que siempre representa la aparición de la innovación y el progreso. Lo que pretendían autores como De Bonald, De Maistre, Saint Simon y Comte era elaborar una ciencia de la sociedad que permitiese tomar el control definitivo sobre la marcha de la historia. De tal forma que el progreso de la sociedad pudiese ser planificado y se desarrollase en un continuado y pacífico aumento del bienestar colectivo. Para eso había que descubrir la estructura de las leyes que gobiernan el devenir social, el "lecho de roca" que encauza y ordena la impetuosa corriente de la historia. La verdadera modernidad sólo aparecería cuando de una vez por todas se acabase con la traumática experiencia de ese convulsivo choque entre el orden y el progreso que es la esencia de todo proceso revolucionario.

Si se tiene en cuenta el ambiente intelectual de la época no llamará la atención que para elaborar esta nueva ciencia de la sociedad se tomase como modelo la física del siglo XIX, de modo especial la mecánica, que desde el punto de vista metodológico era considerada como el inevitable "carril de hierro" que lograría que todos los conocimientos humanos se convirtiesen en algo sólidamente construido y realmente beneficioso para toda la humanidad.

En el campo más específico de la teoría económica, Cournot, Walras, y Marshall se enfrentaron con el nada despreciable reto de dar expresión formal al problema de la acción humana. El resultado sería la aparición de dos enfoques distintos del problema económico. Por un lado el llamado modelo del equilibrio general, inspirado en la mecánica de Leibniz, y construido a partir de los supuestos deterministas de Cournot y Walras, y por otro lado el llamado modelo del equilibrio parcial, inspirado en el evolucionismo de Darwin y Spencer, y construido sobre los axiomas propuesto por Marshall. Mientras el primero es decididamente mecanicista y estático, el segundo pretendía superar esas limitaciones dando entrada a un crecimiento de tipo organicista.

El problema de fondo de ambos enfoques es de naturaleza metodológica, y se puede resumir como el inevitable antagonismo que se plantea entre la condición histórica de la acción humana, y la condición estática y cerrada de las ciencias naturales de esa época. ¿Es la acción humana susceptible de predicción y cálculo, del mismo modo que lo son los procesos naturales? Interrogante que ha persistido desde entonces en el seno de la teoría económica y ha quedado dramáticamente formulada en la obra "Capitalismo y Democracia", donde Schumpeter expone una manifiesta incompatibilidad entre la acción del empresario, personalización de la innovación creadora e irrepetible, y la función del mercado que es anónima y niveladora. Mientras el empresario rompe con lo establecido, introduciendo la novedad y el progreso, la fuerza anónima del mercado implanta la estabilidad de lo estático y sin progreso.

La historia de la teoría económica a lo largo del siglo XX inclina a pensar que las razones de esta dificultad metodológica tienen su origen en la aplicación precipitada y falta de espíritu crítico del método de las ciencias naturales a un fenómeno tan complejo como es la acción humana. A comienzos del siglo XXI, sin negar la contribución que los paradigmas de las ciencias naturales han tenido en el desarrollo de la teoría social, es deseable que los teóricos de la economía se planteen los pros y los contras de seguir esos caminos a la hora de estudiar la realidad social. La misma evolución sufrida por las cosmovisiones a lo largo del siglo XX, consecuencia de la mejora de los métodos de la física y la biología, la necesidad de estas precauciones y cautelas. Los rasgos propios de la nueva cosmovisión emergente conocida como "autoorganización", parecen sugerir que también empieza a surgir una nueva antropovisión más completa y realista, que puede ser decisiva para poner nuevas y más sólidas bases de la teoría económica.

Por cosmovisión se entiende la imagen que el hombre tiene de la naturaleza. Pero en cuanto el hombre forma parte de la naturaleza, toda cosmovisión lleva implícita lo que se podría llamar una

“antropovisión”, una manera de pensarse el hombre a sí mismo, y su relación con la realidad que le rodea y de algún modo lo constituye. Una relación que le constituye en sujeto en la medida que la naturaleza se le presenta como objeto. Dicho de otra manera; el conocimiento que el hombre tiene de sí mismo se constituye a partir de esa dualidad enfrentamiento dependencia que mantiene con la naturaleza en la que vive y piensa.

La distinción establecida por los pensadores griegos entre *physis* y *ethos* apunta en la misma dirección que acabamos de señalar. La conducta humana no es posible sin la naturaleza que la soporta y la hace posible. Pero es precisamente superando o desbordando la inmediatez y cerramiento de su entorno natural, como el hombre llega a los ámbitos propiamente humanos de la ética, la política, y la economía. Esto puede explicar porqué el desarrollo de las cosmovisiones ha estado siempre tan unido a la de la correspondiente “antropovisión”. Una teoría de la acción humana, como es en el fondo la teoría económica, no puede dar la espaldas a las visiones que tiene el hombre de lo que le rodea y constituye el substrato que posibilita esa acción.

Si según la sabiduría clásica es el saber moral de la *phrónesis* el que enseña al hombre a gobernarse, y este se fundamenta en el saber teórico de la *episteme*, parece razonable afirmar que un mejor conocimiento del proceso de “autoorganización”, base y fundamento de la nueva cosmovisión será de gran ayuda para entender en que sentido se puede dar ese mismo proceso en el ámbito de la acción humana, y de que modo afecta al proceso de “autogobierno” que es el núcleo de esa acción.

La “autoorganización”.

Según Collingwood¹ y Whitrow², Hartmann³, y Jaki⁴, son tres las grandes cosmovisiones que se ha desarrollado a lo largo de la historia. La primera y más antigua sería la griega, cuya formulación más conocida es la de Aristóteles. La segunda sería la renacentista, cuya expresión más conocida sería la física de Newton. La tercera y emergente sería la llamada “autoorganización”. De acuerdo con la primera la naturaleza sería un organismo, algo parecido a un gigantesco animal con vida y mente propia. Desde el punto de vista de la segunda, la naturaleza sería parecida a un gigantesco mecanismo desprovisto de vida. Para la tercera, la naturaleza sería como un gigantesco proceso de “autoorganización”.

Lo que se esconde bajo el nombre de “autoorganización” es algo todavía no muy bien precisado, pero puede ayudar a entender lo que se quiere significar si se tiene en cuenta que lo más destacables de este nuevo paradigma es que de algún modo representa una vuelta a la visión unificada y teleológica de la naturaleza que ya tuvieron los griegos. Es decir, se da por superada que la totalidad de la naturaleza pueda ser explicada como una simple agregación de partes, como pensaban los mecanicistas, sino como un gigantesco y unificado proceso de distensión espacio temporal que parece guiado por un dinamismo unitario e intencional. Un proceso que se va haciendo cada vez más comprensible en la medida en que se desarrolla. Se trata por tanto de una visión morfogenética de la naturaleza sensible, donde hay continua aparición de formas estructurales de mayor orden y complejidad, a partir de formas previas más simples y desordenadas. Modos de entender la realidad física que son patentes, por ejemplo, en la termodinámica de procesos irreversibles de Prigogine⁵, o en la teoría de catástrofes de Thorn, o en la sinérgica de Haken⁶, y el caos determinista.

Desde esta nueva visión de las cosas, la materia no puede seguir siendo considerada algo inerte y oscuro, sino una entidad de naturaleza dinámica que subyace en la totalidad del proceso, y que permite dar actualidad a formas que hasta entonces habían permanecido en potencia. Un modo de entender la

¹ Collingwood, Robin G. (1945) *The Idea of Nature*. Clarendon Press. Oxford.

² Whitrow, Gerald J. (1977) “The Role of Time in Cosmology” en Yourgrau, W. Breck, A. D (eds) *Cosmology, History, and Theology*. Plenum Press. New York

³ Hartmann, Nicolai (1950) *Philosophie der Natur. Abriss der sezielleb Kategorienlehre*. Gruyter. Berlin

⁴ Jaki, Stanley L (1966) *The Relevance of Physics*. The University of Chicago Press. Chicago.

⁵ Prigogine, Ilya (1979) *From Being to Becoming*.

⁶ Haken, Herman (1977 y 1979) *Synergetics. An Introduction*. Springer. Berlin. “Pattern Formation and Pattern Recognition. An Attempt at a Synthesis”, en Haken, Herman (eds) *Pattern Formation by Dynamics Systems and Pattern Recognition*. Springer. Berlin

materia como puente entre lo cuantitativo y lo cualitativo, que introduce un modo mucho menos abstracto de entender el sentido del tiempo.

Concepción dinámica de la materia que exige revisar el concepto de orden hasta ahora dominante. El orden deja de ser algo inerte para constituirse en una actividad de despliegue de estructuras relacionales que se van repitiendo, ya sea en el espacio, dando lugar a “configuraciones”, ya sea en el tiempo, dando lugar a “ritmos”. Un sentido del orden que no puede por menos que traer a la memoria la intuición aristotélica de que la forma es inseparable de la materia. La antigua concepción del caos como lo oscuro y desordenado pierde su aparente contradicción. Para los antiguos el caos era lo oscuro e incognoscible, y en ese sentido representaba la más radical incapacidad de engendrar estructuras relacionales. Pero, por otro lado, en cuanto fuente y origen del cosmos, se le suponía dotado de una dinámica generativa. Desde la nueva cosmovisión la vieja y contradictoria intuición de los antiguos de presentar el caos como la oscuridad, pero al mismo tiempo de algún modo cognoscible, no absoluta ausencia de luz, queda ahora aclarada. La materia no es pura pasividad, algo por definición incognoscible, con lo que se puede afirmar que el caos no lo es en sentido absoluto, ya que carecería de capacidad para engendrar formar relacionales, sino de modo relativo, como una manera de designar las fases más primitivas del proceso de “autoorganización”.

Para el nuevo paradigma la realidad se presenta como algo polifacético y vivo, dotada de un dinamismo interno que no para de generar nuevos y distintos aspectos, que se hacen visibles según el enfoque con que son observados. Esto explica que sea precisamente en el ámbito de la biología donde mayor es el número de fenómenos que confirman este modo de entender la naturaleza como un proceso de “autoorganización”. Por ejemplo, ha sido Kauffman⁷ el primero que ha sugerido que un mejor modo de entender la hipótesis darwinista de una elección natural es como proceso de “autoorganización”. Por otro lado, el mismo sentido y función que se le otorga a la información codificada, y que se ha hecho habitual en la glosa de la biología molecular a la hora de describir los procesos observados, encaja perfectamente con el sentido teleológico de la “autoorganización”. Presentar esa información genética como instrucciones básicas para la construcción y funcionamiento de los organismos, parece sugerir la existencia de una “racionalidad materializada”, una programación de estructuras relacionales que se despliegan y se materializan “como si” hubiesen sido planeadas.

En conclusión, puede decirse que la nueva cosmovisión entiende la naturaleza como un gigantesco proceso de creación de orden, algo que Bresch⁸ ha descrito como un “crecimiento de pautas en libertad restringida”. Una cosmovisión en la que los eventos pasados hacen posible los futuros, y los procesos se hacen “camino-dependientes”, sin ser estrictamente deterministas. Un “sistema abierto” en cuyo seno un conjunto de potencialidades dan lugar a nuevos fenómenos, principalmente por acción del hombre.

El mecanicismo

Un objetivo declarado de la Ilustración fue lograr un tipo de conocimiento certero, libre de todo prejuicio, y cuya validez fuese absoluta, establecida de una vez por todas. Para eso había que partir de una actitud metodológica de sospecha hacia la naturaleza, especialmente hacia la información proveniente de los propios sentidos. Era necesario librarse de la rica ambigüedad de la sensación vital, en aras de la somera exactitud de la lógica matemática. En otras palabras, había que tomar como punto de partida el prejuicio de prescindir de todo prejuicio. Una actitud metodológica que, como ha sugerido Husserl, se quedó a mitad de camino, ya que si hubiese llegado hasta el fondo del análisis, se habría tomado conciencia de que todo pensar presupone un objeto, algo que no puede ser eliminado como si se tratase de un prejuicio, sino que constituye fundamento mismo del pensar.

En todo caso el resultado de esta actitud metodológica de sospecha frente a todo lo que no fuese la coherencia de la lógica humana, llevó de modo inevitable a la metáfora de la máquina como único modo de entender la naturaleza, incluido por supuesto el propio cuerpo humano.

⁷ Kauffman, Stuart A (1993) *The Origins of Order. Self-Organization and Selection in Evolution*. Oxford University Press. Oxford.

⁸ Bresch, Carsten (1987) “What is Evolution?” En Andersen, S, y Peacocke, A (eds) *Evolution and Creation*. Aarhus University Press. Aarhus

La metáfora de la máquina representa un modo de entender la naturaleza como una estructura de relaciones fijas y necesarias, que de algún modo se suponen impuestas desde fuera. Un enfoque que permite detectar las secuencias de fenómenos que explicarían, o mejor dicho describirían, el modo en que se producen los movimientos. Es decir, permite construir estructuras lógicas funcionales que proporcionan una descripción de los movimientos observados, pero que no permiten conocer la causa de esos movimientos. De este modo, a la hora de justificar las causas del movimiento no queda más remedio que apelar a una energía exógena. Por ejemplo, es posible dar una descripción mecanicista de la estructura de movimientos del sistema solar, pero para explicar la causa del movimiento no queda más remedio que introducir la hipótesis de una fuerza gravitacional, cuya naturaleza se desconoce. Se hace inevitable la metáfora del relojero divino, que no sólo habría construido la máquina del cosmos, sino que una vez la había dotado del movimiento necesario para su funcionamiento, la habría abandonado a su propia inercia. Un modo de explicar la naturaleza que llenaba de orgullo a los hombres de aquella época, que pensaban haber definitivamente liberado a la naturaleza de los extraños e hilemórficos rasgos de la física aristotélica.

Aunque se suele afirmar que la física de Newton es el paradigma del mecanicismo, se trata de una verdad a medias. Se puede decir que la física de Newton alcanzó su éxito porque de algún modo es un mecanicismo que reconoce las limitaciones de su condición. Se puede decir que a la hora de explicar el movimiento del universo, Newton se dio cuenta que los diseños puramente mecanicistas, como eran los de Galileo y Descartes, no podrían nunca dar una explicación satisfactoria del movimiento. Por eso cuando dio entrada al principio de inercia, y con ello a parámetros como la masa y la fuerza, estaba reconociendo la necesidad de algo que siempre queda fuera de cualquier tipo de modelo, y que constituye presencia de algo que nunca es posible explicar. La famosa expresión "hypotesis non fingo" constituye el sincero reconocimiento de que la física no puede ser un sistema cerrado, y que precisamente sólo mediante la aceptación de este hecho es posible dar explicaciones satisfactorias del espectáculo de la naturaleza.

Esta peculiar versión newtoniana del mecanicismo constituye la esencia de la cosmovisión renacentista, la que permitió un notable avance en el estudio de muchos fenómenos hasta entonces explicados de modo insatisfactorio. No obstante la estrategia metodológica adoptada por Newton no permitía resolver la dicotomía radical del enfoque mecanicista. De un lado modela la naturaleza como un sistema cerrado, una estructura causal mecánica que al permitir su rigurosa translación al lenguaje matemático hace posible el cálculo y la predicción. Por otro lado, ese mismo cerramiento era establecido mediante un conjunto de principios y parámetros que actuaban como puente con un continente desconocido, de donde provenían las causas del movimiento de la totalidad. Esta dicotomía entre el determinismo y perfecta previsibilidad de los aspectos estáticos de la realidad, y la misteriosa oscuridad de la que surgía la dimensión dinámica, era el coste que hubo que pagar por la posibilidad de una ciencia basada en un conocimiento supuestamente certero y verificable.

Sólo en este marco se puede entender que Laplace propusiera una versión ergódica en la que daba por supuesto que previsibilidad y realidad podían ser la misma cosa. Confusión en la que nunca incurrió ya que reconoció que entre la una y la otra se alza el muro de la incapacidad de medios para realizar el cálculo necesario. Aunque todo el universo y sus posibles movimientos pudiesen quedar encerrado en un sistema de ecuaciones diferenciales, y su resolución fuese posible, ¿sería esa la verdad o simplemente una de las infinitas representaciones que el mecanicismo plantea entre la realidad y el conocimiento?

La crisis del paradigma mecanicista llegaría a su cima cuando a principios del siglo XX Poincaré demostrase que un problema mecánico tan sencillo como el de los tres cuerpos no admitía solución. En otras palabras, que las condiciones que imponen el aparente cerramiento de los modelos mecanicistas impiden su mismo objetivo de la aplicación universal del cálculo.

Sólo en condiciones muy restrictivas se pueden imponer condiciones de cerramiento que impliquen una estabilidad y unicidad de estructura de relaciones causales que impliquen solución matemática única, pero no en ningún caso es aplicable a todo el universo, como según parece había sugerido Laplace. Quedaba entonces muy claro que el gran acierto de Newton había consistido en diseñar un sistema mecanicista que dentro de un cierto margen de dimensiones admitía unicidad, o casi unicidad de la solución de equilibrio, y una estabilidad global que asegura que las trayectorias posibles de evolución del sistema tiendan necesariamente hacia el único equilibrio posible. En la medida en que

relajan las condiciones de cerramiento del sistema, el número de soluciones de equilibrio del sistema se amplían de forma exponencial, la estabilidad desaparece, y la utilidad del diseño se diluye.

Mecanicismo y teoría de la sociedad

Es posible que fuese Hobbes el primer en aplicar la visión mecanicista a la génesis de la sociedad. Cada uno de sus miembros vendría a ser una partícula sometida pasivamente a las fuerzas de una especie de "posesivismo compulsivo", que lleva a la sociedad a un equilibrio, a una especie de solución única. La sociedad sería un sistema cerrado, con solución única, el máximo bienestar de las partes del sistema, basado en una muy basta interpretación utilitarista de la acción humana. Una primera concepción geométrica del orden social, en la que predomina la posición relativa y biunívoca de fuerzas en presencia, como sucede entre los cuerpos celestes de la mecánica de Newton.

Pero el modelo de Hobbes, como el de Newton, no es realmente mecanicista. Si se aplica con todo rigor el esquema mecanicista, la conclusión, como se dio cuenta Hobbes, es que la única solución posible no es viable ni operativa. Si se plantea la sociedad como un sistema cerrado compuesto de individuos autointeresados e incapaces de establecer relaciones de cooperación con los demás, la única solución mecánica posible sería un estado de entropía máxima, es decir, altamente desordenado donde la vida sería corta, mísera, e insegura, e incapaz de generar por sí mismo un orden más complejo y estable. Por otro lado, si se plantea la sociedad como un sistema abierto, entonces no hay unicidad de solución mecánica, sino un continuo de soluciones de "autoorganización" de la sociedad. Enfrentado con este dilema, Hobbes optó por recurrir a una metáfora, el "Leviatán", construcción racional encargada de imponer la mejor de las soluciones posibles, aquella en la que el bienestar colectivo fuese el máximo posible. De este modo Hobbes introdujo la primera de las metáforas que se hicieron características de los modelos económicos, y que irían tomando los sucesivos nombre de "mano invisible", "subastador", etc.

Aunque Hobbes fue el primero en comprobar el fracaso de la aplicación del mecanicismo y el utilitarismo a la teoría social, sin embargo dejó la paradójica herencia de que hay un supuesto orden social que se construye a partir de una traslación a la acción humana de la cosmovisión renacentista. Del mismo modo que el orden de las estrellas surge de un principio de gravitación universal, el orden social surge de un principio de inteligente codicia universal.

La aportación de los ilustrados escoceses, desde Fergusson hasta Smith, pasando por Hume, fue mejorar la explicación básica de Hobbes, sustituyendo el contrato explícito para el logro de la mejor sociedad posible por una explicación evolutiva, en la que el orden social se iría configurando por un largo proceso de acoplamiento mutuo de los planes de los agentes, guiado por una "mano invisible", unas fuerzas subyacentes, que logra que de la persecución de los intereses individuales surja el bienestar social. Una explicación que esencialmente sigue siendo mecanicista.

De todos modos lo esencialmente mecanicista de los diseños de Hobbes y de Smith es el cerramiento del agente. Suponer que la acción humana sólo puede ser entendida a partir de sus consecuencias observables es reducir a los individuos a partes de un mecanismo. Un supuesto que se mantendría en la teoría económica marginalista de finales del siglo XIX, y en su sucesora, la economía neoclásica, que ha dominado durante casi todo el siglo XX. La economía es desde este punto de vista un sistema mecánico y estático que estrictamente hablando sólo admite el llamado método del equilibrio general, y que fue llevado hasta sus últimas consecuencias en el plano formal por Arrow y Debreu a mitad del siglo pasado. Una solución metodológica que debe su éxito no tanto a su poder explicativo de la acción humana como al prestigio de la mecánica racional de finales del siglo XIX.

De todos modos las mismas conclusiones que se han alcanzado a partir de los rigurosos trabajos de Arrow y Debreu han puesto de manifiesto los límites y verdaderas posibilidades de los modelos mecanicistas a la hora de enfrentarse con el problema económico. En ese sentido se podría decir que Arrow y Debreu, quizás sin pretenderlo, han desempeñado en el campo de la teoría económica un papel muy parecido al de Poincaré en el campo de la mecánica.

Los modelos mecanicistas de la teoría económica han puesto de manifiesto la limitación de sus planteamientos a la hora de enfrentarse con realidades especialmente complejas como son el capital, el dinero, el crédito, y la empresa. En este sentido conviene reproducir aquí el siguiente comentario de Simmel "la medida de la correlación entre la economía monetaria, la individualización, y la expansión de las relaciones sociales se manifiesta especialmente en la naturaleza de la empresa que, con el avance de la

economía monetaria por un lado, y con las ampliación de las relaciones, por el otro, se encuentra en la conexión evidente con la superación del grupo estrecho y autónomo de la época primitiva”⁹.

Auto-organización y teoría de la sociedad

A partir de los años setenta del siglo pasado se han comenzado a abrir nuevas vías de acceso hacia un estudio no mecanicista de la acción humana. Nuevo modo de enfocar el tema que tiene sus antecedentes más inmediatos en el ambiente intelectual que se creó en la Alemania de finales del siglo XIX, cuando la crítica kantiana al realismo ingenuo de los empiristas británicos provocó las primeras críticas a la explicación mecanicista tipo “mano invisible”. Un ambiente en el que figuras como Windelband¹⁰, Rickert¹¹, y Dilthey¹², rechazaron visión de la historia y la sociedad como realización de un principio absoluto de progresiva expansión de una razón immanente o intramundana. Algo que consideraban incompatible con la libertad humana.

Surgía así el rechazo del presupuesto positivista de un orden social necesario, regido por unas leyes objetivas y universales, cuyo descubrimiento sería el objetivo principal de las ciencias sociales. Se empezaba a poner en duda la posibilidad de una previsión infalible de las conductas sociales, y se sometía a crítica la analogía comteana entre el método de la física y el método de la sociología. Entre los pioneros de este nuevo modo de ver las cosas hay que citar a Dilthey, Simmel, Menger, y Weber. El tema que les preocupaba era cómo se podía articular el “espíritu objetivado”, es decir el conjunto de hábitos sociales externos, materializados, y acumulables, con el “espíritu objetivo” o ímpetu vital propio de cada individuo.

Volviendo a lo que ha empezado a suceder a mediados del siglo XX, conviene destacar que se trata de un programa mucho más amplio que el que se propusieron algunos autores de cultura germánica en el siglo XIX. Amplitud que es lógica si se tiene en cuenta todos los problemas que ha planteado y dejado sin resolver el paradigma del equilibrio general. Pero en cualquier caso, no sólo se ha mantenido la misma preocupación por descubrir el método propio de las ciencias sociales, sino que esta se ha hecho más acuciente. No es este el lugar para realizar una exposición sistemática y detallada de los principales rasgos de este amplio programa de investigación, baste por ahora, y con el fin que nos ocupa con destacar aquellos rasgos que mantienen un fuerte paralelismo con los aspectos más destacados del nuevo paradigma de la “autoorganización”.

Así como la “autoorganización” ha puesto de manifiesto que no es posible una ruptura tan radical entre materia y forma, entre la realidad y conocimiento, sino que hay una continua emergencia de formas que están latentes en la materia, y que constituyen manifestaciones de aspecto de la realidad que se sitúan más allá de toda formalización, los nuevos enfoque evolucionista e institucionalistas de la acción humana han puesto de manifiesto que tampoco es posible dejar perfectamente determinadas las consecuencias de las acciones, sino que más bien están en continua emergencia, a medida que la acción humana se lleva a cabo. En este sentido resulta muy revelador que se diga que el futuro no es algo que está ahí, y que una atenta observación permite descubrir, sino que el futuro surge en el mismo momento en que la acción se desarrolla. De este modo se reconoce que el futuro tiene una dimensión de aprendizaje que lo hace intrínsecamente imprevisible.

Desde este nuevo punto de vista el futuro, que es la razón de ser de la economía no es algo objetivo y perfectamente establecido, sometido a leyes universales y abstractas, sino que se trata de una realidad emergente. Por un lado depende del camino recorrido por cada comunidad, por otro de una continuidad no determinista que surge de la acción humana que se lleva a cabo en cada momento. En este sentido se puede decir que el proceso de coordinación de los planes de los agentes, que es el tema central de la economía, no debe tratarse como un ajustarse a las reglas de un equilibrio determinado por condiciones iniciales, sino como un proceso de aprendizaje, que puede ir a más o a menos, y que se traduce en la continuada emergencia de nuevas estructuras relacionales, tanto en el espacio como en el tiempo, que refuerzan o debilitan las capacidades de acción de los agentes. De este modo se vuelve a la

⁹ (1977) *La filosofía del dinero*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid (pág. 423)

¹⁰ Wilhelm Windelband (1848-1915)

¹¹ Heinrich Rickert (1863-1936)

¹² Wilhelm Dilthey (1833-1911)

distinción clásica entre la dimensión dianoética de la acción humana, que por su propia naturaleza es externa, objetiva y acumulable, y la dimensión ética, que reside en el interior de las personas e instituciones, y que por naturaleza no es acumulable, ni garantiza un aprendizaje siempre positivo.

A pesar de este notable paralelismo entre ambos enfoques, entre la "autoorganización" y las nuevas teorías económicas, que han señalado tanto físicos como economistas, es conveniente insistir en que los modelos de acción humana, las "antropovisiones", aunque necesitadas del apoyo de las cosmovisiones, siempre superan a estas últimas, ya que se sitúan en el plano superior de la libertad humana. En cualquier caso no cabe duda que el nuevo paradigma de la "autoorganización" puede dar claves para estudiar fenómenos económicos como el capital, donde mediante la convergencia del arbitrio humano con la plasticidad autorganizativa de la materia, surgen las estructuras cognitivas y materiales que posibilitan el crecimiento de la organización social. No deja de ser revelador que el lugar donde mayor es el paralelismo entre las ideas básicas de la "autoorganización" y los procesos de "autocoordinación" sea en el de las nuevas teorías de la empresa, donde más necesario se hace una concepción más amplia de la acción humana.

Se puede concluir este apartado diciendo que la historia de la teoría económica en el siglo XX ha sido un denodado intento por superar el dualismo entre una teoría de precios, el modelo del equilibrio general, en la que el dinero y la empresa eran poco más que unos artificios superfluos, que aportaban información redundante, y la teoría del dinero y de la empresa que se presentaban como las ventanas por donde entraba el dinamismo de una sociedad que se rebelaba al cerramiento de los diseños mecanicistas. Los trabajos de Wicksell, Keynes, Friedman, Hicks, etc., lograron que poco a poco se hayan ido elaborando puentes cada vez más sólidos entre las dos riberas de esa dicotomía. Dentro de estos nuevos puentes conviene citar el estudio de la formación de expectativas, y la importancia que desempeñan las instituciones para enfrentarse con un futuro que aparece como una continuada innovación.

Conclusión

No cabe duda de que todas las teorías no son más que un modo de ver la realidad desde una determinada perspectiva, y con una finalidad bien establecida. Pero según sea la complejidad de la realidad que se pretende estudiar, y la finalidad que se persiga, la teoría resulta más o menos verdadera, más o menos sencilla, o más o menos útil. Por ejemplo una teoría física dirigida a una aplicación inmediata, como puede ser el uso de una palanca para levantar una piedra, es simple y útil, pero desde luego no sirve para resolver ni todos los problemas de levantar pesos, ni para explicar todas las interacciones entre fuerzas, masas, y distancias. El grado mayor de dificultad y complejidad que puede alcanzar una teoría es cuando trata de estudiar el proceso de coordinación dinámica o compatibilidad progresiva entre los planes de los agentes que constituyen una sociedad. Mientras la naturaleza física tiene un modo de ser, una configuración hasta cierto punto independiente de la acción humana, ese proceso de configuración del orden social no es algo que está fuera del hombre, sino algo que surge de la misma acción. No es el resultado de una observación, sino creación propia de unos seres libres.

Toda teoría, en cuanto visión de la realidad desde un determinado punto de vista, es necesariamente parcial, por eso si alguna teoría pretende haber agotado la realidad se hace por ello radicalmente estéril, ya que al no admitir su parcialidad tampoco admite su posibilidad de modificación y no permite dar entrada a nuevos hechos que emergen cuando el proceso de aprendizaje va descubriendo nuevas perspectivas hasta entonces no contempladas. La supuesta perfección de una teoría se logra a costa de la esterilidad y estancamiento en el conocimiento de la realidad. Esto es especialmente importante en el caso de la acción humana que surge y se hace posible mediante la fecunda relación entre la teoría y la realidad, de la tensión creativa entre lo que se espera y lo que se logra. No se puede olvidar que la misma elaboración de teoría y modelos es una acción humana, y por tanto algo inacabable, abierto a la continua sorpresa de lo inesperado.

Ciertamente que para elaborar una teoría hay que prescindir de aspectos de la realidad, pero ese mismo hecho debería evitar la tentación del totalitarismo especulativo, que lleva a la despótica arbitrariedad de negarle realidad a todo lo que ha sido previamente eliminado, simplemente porque no es visible desde la perspectiva adoptada. Cuando lo que se pretende es elaborar una teoría de la acción humana lo sensato es articular el plano de la esencia con el plano de la existencia, lo especulativo con lo práctico, la metafísica con la historia, la eternidad con la temporalidad, lo infinito y lo finito. Lo propio de la acción humana es la distensión temporal, sin la cual no sería posible que la naturaleza humana, esencialmente completa, pudiese llegar a su plenitud existencial a través de ese arriesgado desenvolverse

frente a las siempre imprevisible contingencias del devenir. Lo propio de una teoría social es reconocer que la acción humana no está nunca acabada, sino que es un continuo distenderse en el espacio y en el tiempo, impulsada por esa inevitable tensión entre lo fáctico y la plenitud a la que por esencia tiende.

Es metodológicamente falso, y sobre todo muy arriesgado cuando se pretende construir una teoría de la acción humana, dar por supuesto que se puede acceder a un perfecto conocimiento y dominio de los primeros principios. A poco que se reflexiones se llega a la conclusión de que es imposible situarse en una posición desde la que la realidad de las cosas quedase perfectamente desentrañada, tanto desde el punto de vista metafísico como desde el punto de vista ético. Aunque es cierto que los primeros principios están siempre presentes, y no dejan de operar, no es posible llegar hasta el fondo de su realidad, por lo que es inevitable el recurso a la psicología, a la sociología, y a la historia, como vías alternativas para intuir el sentido de esos principios. Hay que evitar tanto el punto de vista esencialista, de aquellas teorías sociales elaboradas *sub specie aeternitatis*, como el punto de vista existencialista de las teorías elaboradas *sub specie temporalitatis*.

En el estudio de la acción humana conviene mantener la distinción de los tres planos en que se manifiesta la tendencia del hombre a su plenitud existencial. El primero sería el plano religioso, absolutamente incondicionado, que manifiesta a ese no acabamiento de la acción humana en puro distenderse espacio temporal. El segundo sería el plano ético de la perfección moral, que tiene que ver con la relativa perfección de la acción. El tercer plano es el plano del constructo o de lo artefacto que es lo que queda de esa acción, y se concreta en el hecho objetivo y externo de los objetos culturales. Tan natural para el hombre es el ansia de una mayor plenitud esencial, como la búsqueda de una perfección ética, como el legítimo deseo incrementar su capacidad de realización operativa.

Las ciencias sociales, y de modo especial la economía, se mueven en este tercer plano, y trata de explicar el proceso de la construcción objetiva y externa del mundo humano, es decir, la construcción y diseño de los medios vitales, de tal modo que sean lo más fecundo y ricos que sea posible. Para eso no es posible recurrir a modelos previos y ya establecidos, sino a visiones "autorganizativas" de la realidad humana, que dependen tanto de los caminos hasta entonces recorridos, como de las metas hacia donde siempre se tiende.

En el objeto de estudio de la economía no cabe hablar de una expresión objetiva mayor de la cual no pueda darse ninguna otra, ni series de fenómenos reales que puedan considerarse totalizados. No hay nada que permita atisbar ningún fin último e intramundano de la historia. Las utopías sólo pueden ser eso, proyectos que por su propia naturaleza son irrealizables. La sociedad, en cuanto sujeto de la historia, tampoco tiene acabamiento. Aunque desde el punto de vista de las ciencias sociales, el comportamiento de la sociedad pueda representarse mediante una concatenación de *constructos*, no hay posibilidad de detectar ninguna tendencia hacia una insuperable situación de equilibrio, culminación de una plenitud endógena a la que se tiende inexorablemente. Ante este desconcertante no cerramiento de la historia y de la sociedad, son comprensibles posturas como las de Aristóteles, que al no poder referir la actividad política a un *constructo* que fuese expresión de plenitud externa y objetiva, intentase encontrar acabamiento y perfección en el plano inmediatamente superior de la ética. Con el inconveniente de que esa perfección quedaría reservada a unos pocos. Hay que aceptar el reto de elaborar una teoría de la sociedad que no admite un cerramiento endógeno y *a priori*. Para los cual hay que empezar por reconocer que no se trata de lograr la felicidad de los ciudadanos en términos absolutos, sino de crear las condiciones para que no haya una brutal contradicción entre los planos esenciales y existenciales de la acción humana.

La nueva cosmovisión "autorganizativa" puede ayudar a descubrir el sentido de la integración del hombre con su medio natural, de tal modo que le prepare para recibir el mensaje de esa realidad que se le abre, y le ayuda en el propio despliegue espacio temporal. La sociedad no es algo que se desarrolla como a parte o separado del orden natural, sino que sólo en la medida en que el hombre conozca cada vez mejor el sentido de ese orden, descubrirá también con mayor facilidad el sentido de su propia acción.

Es una buena ayuda para que la economía acabe por liberarse del totalitarismo especulativo y se abra a posturas metodológicas mucho más realistas y enriquecedoras. La visión se amplía para dar entrada a problemas económico de mucha mayor entidad. Ciertamente que ha sido muy importante enfrentarse con problemas de asignación y reparto de recursos que se suponían dados, pero ha llegado el momento de estudiar también como surgen esos recursos, lo cual conecta la economía con ese otro tipo de proceso "autorganizativo" que es más conforme con una visión más plena de la acción humana. Una ampliación

de perspectiva que ya se ha iniciado con ese progresivo pero imparable tránsito desde el individualismo metodológico, propio de la cosmovisión mecanicista, hacia la complejidad de las relaciones institucionales de aprendizaje donde cabe equivocarse, y volver a empezar.